
ESPAÑA/CATALUNYA

PLURAL

Diálogo 19 (Madrid, 25-2-2020)

LENGUA Y RELATO

JOAN MANUEL TRESSERRAS

Exconseller de Cultura y Medios de
Comunicación de la Generalitat de Catalunya

DAVID TRUEBA

Escritor, periodista
y director de cine

—

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ

Subdirectora de *El País*

CARMEN DEL RIEGO

Cronista política de *La Vanguardia*

Asociación de Periodistas  Europeos

Fundación Diario
Madrid 

 CERCLE D'ECONOMIA

PRESENTACIÓN

«La lengua sólo es un factor de división cuando se pone en cuestión». Con esta máxima comenzó el decimonoveno encuentro de la serie de diálogos «España plural / Catalunya plural» que reunió a Joan Manuel Tresserras, exconseller de Cultura y Medios de Comunicación, y al escritor y director de cine David Trueba el 25 de febrero de 2020 en la sede de la Fundación Diario Madrid.

Bajo el título «La lengua y el relato», este diálogo abordaba uno de los temas más sensibles en Cataluña: la defensa de la lengua como pilar de la identidad. Esta defensa cristaliza en la política educativa, donde el catalán es lengua vehicular, y en la promoción pública de la cultura catalana en general, no sólo en Cataluña sino también en el resto de España.

El premio Cervantes 2019 al poeta Joan Margarit es un claro ejemplo de que la cultura catalana vive una época de gran esplendor y reconocimiento. Sin embargo, con el relato ocurre algo distinto. Una misma historia es vista y analizada de manera antagónica según la lengua que se utilice. A veces las versiones sobre una misma realidad llegan a ser directamente opuestas.

Tresserras opina que la clave de bóveda del conflicto catalán y la desafección que sienten algunos catalanes parte de la distinta visión que se tiene de los pactos de la Transición y de la Constitución. Los catalanes independentistas consideraron que aquél era un marco inicial del que partir y que con el tiempo debía flexibilizarse en aras de facilitar un mayor autogobierno. Desde entonces, cuarenta años de desplazamiento en la hegemonía social, la dimisión de unas clases dirigentes catalanas influyentes pero vacías de proyecto de país y el sen-

timiento de orfandad ante el Estado español constituyeron —a su parecer— la piedra de toque para que una parte del pueblo catalán saliera a la calle a reclamar la independencia.

El independentismo, bajo el prisma de Tresserras, no es sólo un fin en sí mismo sino, esencialmente, un recorrido. Este proceso no debe llevar a una idea preconcebida de Cataluña sino a un nuevo modelo de país. Tresserras habla de construcción permanente y defiende, incluso, la idea de un independentismo que no sea nacionalista; es decir, de un movimiento hacia la independencia que pueda trascender sus raíces nacionalistas para abrazar un proyecto postmoderno de estado plurinacional donde ninguna de las culturas que identifican a su ciudadanía —incluida la catalana— se imponga a las demás.

David Trueba, por su parte, parte de la idea de que, a pesar de estar desbordados con comunicaciones permanentes, es precisamente la incomunicación el rasgo que caracteriza la situación del conflicto entre Cataluña y el resto de España.

Trueba considera que la anulación del otro como ser pensante supone convertirlo en un ser manipulado e ignorante. Lamenta, asimismo, que en determinadas áreas del catalanismo, sin duda las más influyentes, hay una falta de autocrítica, una incapacidad para valorar lo que viene de fuera.

Mientras cualquier reivindicación sobre la lengua es lícita, Trueba considera que muchas veces ésta se ha hecho más con fines políticos que educativos o culturales y esto ha convertido la lengua catalana en un arma política del soberanismo. De este modo, se ha secuestrado el catalán, que ha dejado de ser la lengua de todos los catalanes para pasar a ser exclusiva de los independentistas.

Trueba reivindicó un modelo educativo en toda España que despolitice las lenguas, un modelo, además, que promueva el conocimiento de las que se hablan en el territorio.

Si el diálogo es el medio imprescindible para el entendimiento y el único cauce posible para la resolución del conflicto, se antoja imprescindible aceptar

al otro como interlocutor válido. Pero esto no siempre se logra. En referencia a la mesa de diálogo entre la Generalitat y el Gobierno, Trueba opina que la mayor amenaza para su éxito es que algunos de sus integrantes consideran deslegitimado al Estado español para sentarse en ella. Punto de partida imposible.

Asumida la distancia, el reto, como afirmaba Montserrat Domínguez, encargada de la moderación del diálogo junto a la también periodista Carmen del Riego, estriba en encontrar la fórmula para aceptar la legitimidad de la parte contraria. En este sentido, la lengua catalana tiene mucho que aportar como herramienta de entendimiento cultural y consenso político.

Juan de Oñate
Xavier Mas de Xaxàs

*El decimo noveno encuentro del ciclo
«España plural / Catalunya plural»
se celebró en la sede de la Fundación Diario Madrid
el 25 de febrero de 2020 bajo el título
«Lengua y relato».
Participaron en el diálogo:*

Joan Manuel Tresserras

Exconseller de Cultura y
Medios de Comunicación
de la Generalitat de Catalunya



David Trueba

Escritor, periodista
y director de cine



Con la moderación de:

Montserrat Domínguez (Subdirectora de *El País*) y

Carmen del Riego (Cronista política de *La Vanguardia*)



MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Bienvenidos a este décimo noveno diálogo «España plural / Catalunya plural». Estos debates se han venido realizando desde el año 2013; es decir, que ya estamos en el séptimo año. Como hemos dicho alguna vez, aquellos eran tiempos en que nadie salía a la plaza a torear. Nosotros lo hicimos, buscando gentes con posiciones distintas que estuvieran dispuestas a confrontarlas con racionalidad y con algo también muy valioso que le hemos escuchado decir a Joan Manuel Tresserras, que se considera «un radical educado». Bueno, pues con racionalidad y educación. Radicales educados y otros menos radicales y a lo mejor menos educados se han juntado en estos diálogos desde el año 2013.

Llegados aquí, he de decir que todas las actividades que organizan la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid cuentan con un patrocinio. No obstante, tenemos que reconocer que hemos sido incapaces de encontrar a nadie que quisiera patrocinar estos encuentros, lo cual siempre nos ha sorprendido. Como saben, los debates aquí mantenidos luego se van editando y se distribuyendo, de manera que tienen un segundo florecimiento al cabo del tiempo.

Les dejo ya con el plantel que ven ustedes aquí y que componen Joan Manuel Tresserras y David Trueba, moderados por Carmen del Riego, cronista política de *La Vanguardia* y Montserrat Domínguez, subdirectora de *El País*. Que disfruten ustedes de este diálogo. Si tienen tiempo y curiosidad, les recomiendo, a propósito de esto, la lectura del libro *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Joly, escrito y publicado por primera vez en Bruselas en el año 1864, pero en el que parece que el autor hubiera oído a Iván Redondo.

CARMEN DEL RIEGO: Al hilo de lo que ha dicho Miguel Ángel, se me ocurre preguntarles a nuestros invitados quién sería ahora Maquiavelo y quién Montesquieu. Pero déjenme primero presentarles al primero de ellos. Joan Manuel

Tresserras es doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona y profesor titular del Departamento de Medios, Comunicación y Cultura de dicha universidad. Ha sido profesor o conferenciante invitado en universidades de todo el mundo y es autor de varios libros académicos, entre los que yo destacaría, por aquello de lo que vamos a hablar aquí hoy, el que se refiere a la génesis de la sociedad de masas en Cataluña. Asimismo, ha colaborado en distintas etapas en prensa, radio y televisión catalanas. En 1997 comenzó a colaborar con Esquerra Republicana de Catalunya, partido al que afilió en 2010. Ha sido consejero de la Corporación Catalana de Radio y Televisión y del Consejo Audiovisual de Cataluña y miembro de la Comisión Mixta de Transferencias Estado-Generalitat. Entre noviembre de 2006 y 2010 —son importantes los años para que nos situemos en la época— fue conseller de Cultura y Medios de Comunicación del Gobierno de la Generalitat.

Si quieres contestas a esa pregunta de quién sería Maquiavelo y quién Montesquieu y luego nos dices lo que quieras.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Yo creo que yo Maquiavelo no sería porque, a pesar de algunas de las cosas que has contado sobre mi biografía, no tengo alma política. Tendría que leer qué dice exactamente el libro a propósito de la prensa. A la prensa del XIX se la considera una prensa cohesionadora porque, básicamente, cohesionaba las élites que están dando origen a la emergencia de la burguesía. Luego, curiosamente, hablamos de prensa disgregadora cuando entendemos que lo que hace es renovar profundamente la cultura popular y contribuir a disolver retazos de las culturas populares. Seguramente es muy injusto esto último de prensa disgregadora, pero durante mucho tiempo tuvimos una imagen muy negativa del sentido de la aparición histórica de la cultura de masas. Creo que, sobre todo gracias a los autores latinoamericanos, aprendimos que, en el siglo XIX —a pesar de que Hobson habla sólo de la revolución económica, que es la revolución industrial, y de la revolución política, que es

la revolución burguesa— hubo también una tercera revolución, por lo menos en Occidente, que trajo el advenimiento de la modernidad. Me refiero a la revolución cultural. No por casualidad, esta revolución cultural vino a coincidir con el ritmo de aparición de la sociedad de cultura y comunicación de masas.

Seguramente la lectura de la aparición de la cultura de masas no debe ser tan negativa ni apocalíptica como mantenían en la escuela de Frankfurt, sino que hay que hacer un balance positivo. Las clases populares, que supieron luchar en el terreno económico y conseguir mejoras en sus condiciones de vida, que supieron luchar en el frente político y consiguieron la ampliación del sufragio y las libertades políticas, tampoco fueron idiotas en el frente cultural. Todo lo contrario; también lucharon en el frente cultural para no ser excluidas de los beneficios del progreso y la modernidad. Y eso sólo pudo suceder a través de la masificación de todo. Ahí la prensa tuvo un papel absolutamente fundamental, al igual que lo tuvieron la escuela y la alfabetización.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Nuestro segundo invitado es David Trueba. David necesita poca presentación, pues forma parte de nuestras vidas desde hace mucho tiempo a través del cine y de la literatura. El otro día leía en un artículo suyo, titulado «Sobre la miopía», que «cuando la situación política y social de un país se tensa y el ciudadano es expuesto a tan sólo dos visiones antagónicas y enfrentadas, posar la vista más allá de las fronteras es un sabio remedio óptico». De alguna manera, la excusa o el titular al que Trueba se enganchaba es la miopía, que al parecer se ha extendido de manera brutal entre los niños y adolescentes chinos, alcanzando casi a un 90% de éstos. Esa circunstancia, ese dato, le servía para hacer una reflexión sobre lo importante que es levantar la cabeza y posar la mirada en la distancia. Porque eso es lo que hace David: escoge un titular, una conversación, un pasaje de un libro, una anécdota o un encuentro fortuito y eleva la mirada para transformarlo en una novela, un documental, un guion o una película. Ahora está pendiente de estrenarse su úl-

tima película, *A este lado del mundo* y podemos encontrar en las librerías su primera incursión, después de muchas novelas, en la literatura juvenil: *El río baja sucio*. Trueba es básicamente un pensador, un cineasta y un narrador inquieto que nunca rehuye una buena conversación o un buen debate. Por eso está hoy aquí.

David, no puedo evitar preguntarme cuántas de esas ideas no habrás parido —y no habremos visto traducidas luego en películas, guiones y novelas— en las muchísimas horas que has pasado en el puente aéreo o en el AVE entre Madrid y Barcelona. ¿Me equivoco?

DAVID TRUEBA: Así es, sólo que no sé si las llamaría ideas. Ideas, lo que se dice ideas, no he tenido nunca ninguna. En un país donde todo el mundo tiene grandes ideas, yo no he tenido ninguna —así, que recuerde— importante, ni siquiera a nivel doméstico. Más bien, diría que todo lo que se me ha ocurrido ha sido fruto precisamente de prestar atención, u oído, a lo que pasa a mi alrededor. Y, por desgracia, en los medios de transporte españoles es muy fácil oír la conversación de los demás, porque la gente tiene una cierta sensación de que lo que le pasa a cada uno es muy importante y, por lo tanto, invaden mucho territorio. Una vez más, así un defecto se convierte en una gran virtud.

Recuerdo una ocasión, yendo en tren a Sevilla, en la que, mientras yo intentaba leer *Guerra y paz*, había unas chicas que venían de una convención de Max Factor. Eran vendedoras de maquillaje y cosmética. Cuando me senté, sólo me fijé en que había un grupo como de empleadas, mayoritariamente mujeres. Pensé: «¡Qué horror, con las ganas que tengo de seguir leyendo a Tolstói!». Pero a los dos o tres minutos Tolstói quedó absolutamente abatido por el interés que tenía todo lo que contaban esas personas, que era maravilloso. Hablaban de un mundo que yo no he tenido la suerte de conocer, como es el de la cosmética, sobre todo el de la venta de cosmética. Aquello te abre los ojos a muchas posibilidades.

Porque, al final, la miopía de los niños en China —que también es extensible a Corea y a Australia— tiene mucho que ver con el gran rendimiento que dan en las encuestas de niveles educativos. Porque hacen muchos deberes. La duda está en saber si los niños que hacen muchos deberes y triunfan en el balance de las encuestas educativas del informe PISA, etcétera, realmente son inteligentes o si se trata de otra cosa. Ésa es la duda en la que ahora vivimos.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Aplicado a la situación que vivimos desde hace ya años con Cataluña, podríamos decir que estamos demasiado pegados a una lectura corta, a las pantallas de nuestros móviles, a nuestros circuitos más próximos, que nos impide levantar un poco la mirada y entender. A vuestro juicio, ¿cuál es el panorama que ayudaría a tener un poco de perspectiva sobre el conflicto?

DAVID TRUEBA: Lo primero creo que es obvio. En un momento dado se produce un atasco muy sintomático, como es la información que reciben unos ciudadanos y otros. En otras palabras, la información que recibe un ciudadano medio en Cataluña, la que recibe a diario —y no sólo a través de los medios informativos sino en su convivencia, de su familia y de sus amigos— es distinta a la que recibe un ciudadano medio en el resto de España. Esta especie de divergencia, o de falta de permeabilidad entre unos y otros, genera una clara estructura de incomunicación.

Otra razón es la que tiene que ver con los intereses seguramente más dañinos, que son aquellos por los cuales se trata de crear una animadversión, mayor incluso de la que pueda haber de manera natural en cualquier vecinda-

La anulación del otro como ser pensante es su transformación en un ser o manipulado o energúmeno.

rio, en cualquier convivencia, en cualquier lugar. Esa especie de anulación del otro como ser pensante es la transformación del otro en un ser o manipulado o energúmeno.

Podríamos pues hablar abiertamente de conflicto, algo que también ha estado durante mucho tiempo vetado. Ese conflicto era una cosa que antes estaba pero que no existía: tú podías en algún momento enunciarlo y te decían: «¿Pero de qué estás hablando?». Porque no existía ni conciencia de la conflictividad ni conciencia de esa divergencia. Creo que uno de los rasgos característicos de esta situación es la incomunicación.

Uno de los rasgos característicos de esta situación es la incomunicación.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Creo que éste es un tema de una gran complejidad en el que se mezclan planos muy distintos, pero también creo que hay razones objetivas para un cierto desencuentro, por estructuras sociales distintas, por aspiraciones distintas y por una lectura distinta del significado de los pactos de la Transición. Creo que, en un plazo histórico relativamente corto, desde la Transición hasta ahora, lo que se da sobre todo es una lectura distinta del significado de los pactos de la Transición. Desde Madrid y desde Barcelona, por simplificar, se van desarrollando lecturas distintas sobre el significado de los acuerdos alcanzados en la Transición.

Hay razones objetivas para un cierto desencuentro, por estructuras sociales distintas, por aspiraciones distintas y por una lectura distinta del significado de los pactos de la Transición.

El título de este diálogo es «Lengua y relato». Ambas cosas van bien para esta reflexión. Creo que, visto desde Barcelona, que es de lo que yo puedo ha-

blar con una cierta propiedad, la sensación que se ha tenido, por ejemplo a propósito de la lengua, es que el relato en Madrid, y en general en España, a propósito de la lengua es más bien un relato que viene a mostrar que el proceso de construcción del Estado-nación en España —paralelo al que se produjo en Francia o en otros lugares de Europa— no se completó, porque no acabó de ser asimilada la periferia al proyecto del Estado-nación. Con lo cual, la lengua catalana aparecería primero —según determinado relato— como una reminiscencia del pasado, o bien como una anomalía en el proceso de construcción del Estado-nación, derivada del hecho de que la burguesía catalana fuese muy importante durante un tiempo y Barcelona tuviera mucho peso. Y eso no permite la asimilación homologable y la incorporación al Estado-nación.

Si el Estado no va a ejercer de protector ni de estimulador de nuestro proyecto, lo lógico es que la gente piense que hay que buscar una salida por otra parte.

En general, se trata de un relato que contiene la no asunción de la lengua catalana y de la cultura catalana como lengua o cultura española. No se ve como otra posibilidad de ser español sino simplemente se ve como un «no ser», como algo que hay que corregir, que está por resolver, que es un problema, etcétera. Desde allá lo que se ve es que tú eres un problema, que no eres lengua oficial de la Unión Europea —como lo son el danés y hasta nueve lenguas con menos hablantes que los que tiene el catalán—, que el Estado, por decirlo con toda contundencia, no ha ejercido, ya no durante la dictadura, sino durante estos años de democracia, de Estado también de Cataluña, a propósito de la cultura catalana, de la economía catalana, de la lengua catalana, con todas las consecuencias, que cuando Canadá va a las reuniones de la UNESCO se enorgullece de exhibir Quebec y aparecer como un Estado pluri-

cultural, plurilingüe, incluso plurinacional y, sin embargo, que España en el terreno internacional más bien te oculta, más bien te pone en duda o, a veces, directamente te niega. Cuando ocurre eso, lo lógico es que la gente opte por la globalización, para poder subsistir como cultura, para poder mantener unos niveles aceptables de desarrollo cultural, lingüístico y en todos los terrenos.

Nosotros caminamos con las manos atadas porque no tenemos Estado, como sí lo tienen los daneses o los suecos. En nuestro caso, el Estado no va a ejercer de protector ni de estimulador de nuestro proyecto. Entonces, lo lógico es que la gente piense que hay que buscar una salida por otra parte.

DAVID TRUEBA: Yo creo, Joan Manuel, que ya partes de una trampa dialéctica. Soy consciente de que seguramente ha faltado muchísima capacidad de integración, porque el españolismo —por llamarlo así—, que vemos resurgir, por desgracia, como una de las consecuencias dañinas de la situación, probablemente ha tenido un factor que no has reseñado, que es que algunos veían el catalán como un fastidio, como si fuera una especie de mecanismo de comunicación secreto que se establecía entre catalanes para fastidiar la comprensión de un castellano parlante en algunas situaciones.

Pero hay un detalle que olvidamos, que es que en mi opinión no es real que eso venga propiciado por la función del Estado español, ni que venga propiciado tan siquiera por la ciudadanía española, sino que más bien lo que se hace es aprovechar esos posibles errores para magnificarlos y crear una situación de incomprensión.

Creo que, si queremos ser justos con los dos lados, también hay que decir que fue un error —un error que me temo que pagaremos generación tras generación— que en la educación pública española no exista una jornada —aunque sea una hora los viernes— para que los chicos se familiaricen con las lenguas del Estado, para que todos los alumnos españoles, ya sea en Badajoz, en Sevilla o en Girona, estén familiarizado con las lenguas del Estado —que

son suyas, que son de su Estado—, para que sepan lo que es el catalán, lo que es el euskera, lo que es el gallego, incluso lo que son otras variantes lingüísticas. Eso desde luego no se ha hecho.

Por otro lado, es innegable que la cultura catalana durante el Estado autonómico tiene el mayor desarrollo de la historia de la cultura catalana, desde que ésta existe: desarrollo de sus industrias culturales, de la presencia del catalán, de la fabricación de elementos culturales en catalán, de la expansión del catalán mismo en la propia Cataluña.

Si dejamos fuera estas cosas, si presentamos un panorama de descrédito del catalán o de la imposibilidad de que el catalán sobreviva en el ámbito actual, entonces, en efecto, surge la necesidad de tener una presencia global, una presencia internacional. Pero no es así. Esto no es cierto. La presencia del catalán se ha multiplicado, ha tenido más potencia que nunca bajo la actual forma del Estado. Cualquier error, cualquier incomunicación que haya, cualquier posibilidad de reivindicar una presencia mayor del catalán, yo creo que habría sido recibida sin mayor problema —con una cierta pedagogía, como siempre hay que tener—, porque la gente no quiere que le compliquen la vida. Al contrario, la gente quiere que se la simplifiquen.

Pero, a la vez, cuando te simplifican la vida también te la complican y eso también hay que explicárselo a la gente. Todas las personas que nos hemos dedicado a la cultura desde los años noventa en España hemos viajado a institutos Cervantes, con presencia de autores en catalán, de cineastas en catalán, de teatro en catalán. Yo creo que por tanto que ésta no es la razón por la que la lengua ha emergido como factor de división.

Es innegable que la cultura catalana durante el Estado autonómico tiene el mayor desarrollo de su historia.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Es que la lengua sólo se convierte en factor de división cuando se pone en cuestión. Incluso los acuerdos de base que sirvieron para el desarrollo que comentabas, porque es cierto que —no diría que en toda la historia de la lengua y la cultura catalana, pero sí de la etapa contemporánea—, a partir de la Transición, realmente hay un desarrollo muy notable de la lengua, básicamente a partir de políticas defensivas. Las políticas culturales en Cataluña hasta principios del siglo XX son políticas de reproducción, son políticas que siguen el modelo de las políticas culturales de los Estados-Nación. Es decir, que implican comportarse como si fuéramos un Estado-nación. Si lo hacen los franceses, si lo hacen los que tienen Estado, entonces vamos a intentar aplicarlo aquí y ver hasta dónde podemos llegar. Lo que se genera después de esta fase es justamente la acusación de que hay un excesivo intervencionismo en la escuela. Es decir, se pone en cuestión la inmersión lingüística, que realmente no había generado internamente ningún tipo de problema. Porque no podemos olvidar que catalanoparlantes en el mundo somos muy pocos; incluso si consideramos las estadísticas más optimistas, que dicen que somos ocho, diez u once millones, aunque yo creo que no somos tantos. En cualquier caso, no hay ningún catalanoparlante en el mundo que sea monolingüe. Cualquier catalanohablante lo es porque en algunos momentos elige utilizar el catalán.

La lengua sólo se convierte en factor de división cuando se pone en cuestión.

CARMEN DEL RIEGO: ¿Eso es bueno o es malo?

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Ésa es la principal fortaleza, desde mi punto de vista, que tienen ahora mismo la lengua y la cultura catalanas, porque son extremadamente electivas. Lo que ocurre es que en cuando se pone en cuestión

la inmersión lingüística —por ejemplo desde la derecha española— la reacción allá es convertir el catalán en la única lengua oficial. Con lo cual ya tienes servido el conflicto. ¿Por qué? Porque, en general, lo que entiendo que ha ocurrido en Cataluña estos últimos años es que, después de los noventa, realmente no ha habido otro proyecto burgués de modernización de Cataluña realmente importante. Buena parte de la intervención ilustrada desde las instituciones políticas en Cataluña ha sido en forma de noventaismo, desde parte de la obra de Pujol hasta la de Maragall o, antes, la de Porcioles desde el Ayuntamiento de Barcelona. Aunque sí ha habido intervenciones de voluntad ilustrada, por decirlo así, y modernizadora, éstas no han constituido verdaderamente un proyecto nacional catalán de la burguesía.

Con la globalización, ya no la habrá nunca, porque la burguesía ahora es global; puede tener más o menos raíces locales pero realmente no tiene nada que ganar elaborando un proyecto de poder a escala catalana. Es una escala que no tiene ningún sentido para ellos porque el Estado y el mercado son mucho mayores; si ya incluso a escala española pueden parecer pequeños, imaginad a escala catalana.

Lo que ha ocurrido es que, desde los años sesenta y setenta, y de modo progresivamente intensificado, es esta dimisión de las clases dirigentes catalanas que, aunque ocupan posiciones de mucha influencia, de mucha presencia social, realmente no tienen un verdadero proyecto y ya no dirigen a ninguna parte. Entonces, las clases medias, las clases trabajadoras ilustradas, se van formando, van viajando, se van informando, van participando en actividades de carácter público, acceden a trabajos de responsabilidad, sostienen el país y

Hay un vacío en el liderazgo del proyecto de país. Entonces la gente empieza a salir a la calle, a plantear hipótesis de proyectos de futuro.

van tomando conciencia de que nunca habrá un proyecto colectivo si no lo elaboran ellos directamente.

Porque lo que se está produciendo en Cataluña, desde mi punto de vista, en los últimos treinta o cuarenta años es un desplazamiento en la hegemonía social. Hay un vacío en el liderazgo del proyecto de país. El Estado español no tiene propuesta específica para Cataluña, ni tampoco lo tiene la burguesía catalana, las clases dirigentes tradicionales. Es entonces cuando la gente empieza a salir a la calle y toma la iniciativa, cuando se autoorganiza y empieza a plantear hipótesis de proyectos de futuro.

Por eso, en el año 2007, el presidente José Montilla fue a Madrid a explicar el tema de la desafección, reivindicando un trato distinto por parte del Estado del que recibía Cataluña; él, que no es sospechoso de independentista, ya observaba, ya apreciaba la desafección. Yo pude acompañarle en aquel viaje y creo que se expresó con mucha claridad. Además, había gente muy cualificada —como hoy aquí— en aquella sesión. Fue una intervención de una gran relevancia política.

Todo esto ha ido progresando, madurando, y sin duda ha habido desencuentros. Creo que aquí hay formaciones políticas con responsabilidades concretas respecto al Estatut, que se planteó como una oportunidad pero que acabó siendo cepillado y limitado.

Hay un problema de base que yo básicamente sintetizaría en el tema del reconocimiento del carácter nacional de Cataluña. ¿Qué problema hay en plantear el Estado como un Estado plurinacional? ¿Qué problema habría?

Hay un problema de base que sintetizaría en el tema del reconocimiento del carácter nacional de Cataluña. ¿Qué problema hay en plantear el Estado como un Estado plurinacional?

DAVID TRUEBA: Lo que no podemos pretender es que no exista la crítica. Tú dices que, en el momento que se lleva a cabo la normalización lingüística o cuando se comienza de alguna manera a tener conciencia del establecimiento del catalán como la lengua vehicular en Cataluña, etcétera, comienza una crítica desde España. En lo que no estoy de acuerdo es en convertir esa crítica en una razón para eludirla. Tenemos que aprender a vivir en un mundo en el que la crítica no sólo es necesaria sino bien recibida. Porque la crítica es aquello que te va a hacer reflexionar sobre aquello que te crees que es perfecto. Sobre ese paraíso posible siempre tiene que recaer una voz crítica y que, en el caso de Cataluña, la voz crítica viniera de España era natural. Quizá lo que habría que estudiar es por qué dentro de Cataluña no fue posible que se alzara también una voz crítica —o que ésta fuera más escuchada— respecto a algunos excesos, como la contundencia con la que se marginaba a una parte de la cultura catalana que se hacía en castellano, con una cierta sensación de desprecio hacia ciertas personas de Cataluña que tenían éxito en el Estado español. Desde luego, había ciertos elementos llamativos que hacían que los que estábamos allí, o los que viajábamos allí constantemente, permaneciéramos un poco atentos y nos dijésemos: «Cuidado con esto».

Sobre las políticas defensivas, recuerdo perfectamente que, cuando tú eras conseller, yo defendí en los medios muchísimas de las cosas que hiciste; cosas que, ya en esa época, era complicado defender en *El País*. Yo trabajaba en la sección de televisión y estaba muy pendiente de lo que hacíais a ese respecto; no recuerdo si fue exactamente en ese momento cuando hicisteis la expansión de las horas de música en catalán en las radios, cuando se dieron ayudas al

Lo que no podemos pretender es que no exista la crítica. Habría que estudiar por qué en Cataluña no fue posible que se alzara también una voz crítica.

subtitulado y al doblaje en catalán, etcétera. Como digo, era muy difícil defenderlo en *El País* porque era algo que se atacaba de manera frontal desde la prensa de Madrid; sobre todo desde la prensa conservadora. Pero yo consideraba que era muy importante hacerlo. Recuerdo que una de las cosas que os intenté hacer ver entonces es que la defensa del catalán —refiriéndome sólo al asunto cinematográfico— no podía pasar por destinar dinero de los impuestos de los catalanes a la expansión aún más masiva del cine norteamericano entre los jóvenes y los niños catalanes; porque recuerdo que hubo un decreto sobre el doblaje y el subtitulado de las películas infantiles de Disney. A mí me parecía que debíamos hacer una reflexión conjunta para ver si el dinero de la cultura catalana se debía invertir en hacer que penetrara aún más la cultura de Disney —no tengo nada en contra de ella, excepto que forma parte de la mayor dominación cultural que ha existido nunca sobre la juventud en la historia de la humanidad—, pero, curiosamente, a los catalanes eso no parecía preocuparos, mientras que parecía preocuparos muchísimo la dominación española.

Recuerdo que en aquel tiempo conocí en una conferencia organizada por *El Periódico de Cataluña* a Albert Rivera, que en ese momento parecía ofrecer una posibilidad de vehicular en Cataluña esa crítica que se podía hacer desde ciertos estamentos catalanes que se veían un poco, digamos, acosados. En aquel momento, yo le dije —y creo que no me equivoqué— que se equivocaba al convertir la lengua en el elemento de disputa, que la lengua había pasado a ser una herramienta de uso para el independentismo, para el catalanismo más separatista, y que no debíamos picar en ese anzuelo, sino todo lo contrario. Porque yo creía que la lengua era precisamente lo único que debía quedar al margen de esa disputa porque, si no, ahí era donde la Cataluña más sentimen-

Convertir la lengua en elemento de disputa fue cedérsela al independentismo.

tal podía asociarse al independentismo de una manera más natural. Trece años después de todo eso, creo que se han confirmado todos nuestros temores. Y no precisamente porque se haya actuado bien desde ninguno de los dos polos sino porque se han exacerbado las peores posibilidades en cada uno de ellos. Creo que todos somos víctimas de eso.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Parecía que el debate se podía plantear en un terreno no identitario, en un terreno de reconstrucción del espacio público, de modelos de ciudadanía, de formas de reconocimiento de la diversidad, pero no fue así. Lo que ocurre es que realmente la tentación desde el Estado-nación es la de alimentar un nacionalismo. El Estado es quien distribuye las cartas de buenos y malos ciudadanos y quien otorga identidades, porque tiene muchos instrumentos para hacerlo.

El Estado es quien distribuye las cartas de buenos y malos ciudadanos y quien otorga identidades, porque tiene muchos instrumentos para hacerlo.

Uno de los problemas en Cataluña es que hay una parte del independentismo que nunca ha dejado de ser nacionalista. Se comporta como los nacionalismos de los Estados-nación pero sin tener Estado. Y ese «sin Estado» crea tanto malestar que a veces tiende a exacerbarse en lo emotivo, en lo emocional, en lo sentimental. Estoy convencido de que buena parte del independentismo no es nacionalista.

Estoy convencido de que buena parte del independentismo no es nacionalista.

Creo que, en general, desde el Estado, desde España, la idea de España se da como una idea madura y, en cierto sentido, acabada: se sabe lo que es España.

Hay un Estado y hay unos mecanismos de reproducción de lo que ya se sabe que es España. Y, en el caso de Cataluña, si tú te propones construir la República Catalana como un Estado-nación más de Europa, la tentación es hacer lo mismo. Hay cierta gente en Cataluña que ya sabe qué es y cómo debe ser Cataluña. Pero yo creo que el grueso del independentismo vive más bien en el trayecto, en el proceso, en la idea de un país en construcción permanente. Ninguna generación puede decidir qué es Cataluña y darlo por cerrado ni tampoco puede definir a priori lo que es la cultura catalana de un modo cerrado y definitivo. De lo que será popular o tradicional en Cataluña dentro de cien años, el 80% está por hacer. Y en España también.

El grueso del independentismo vive más bien en el trayecto, en el proceso, en la idea de un país en construcción permanente.

DAVID TRUEBA: Sobre esa construcción, se ha publicado un libro muy interesante de Julio Gil Pecharromán que se titula *La estirpe del camaleón* donde éste hace un análisis de la derecha española y del conservadurismo español en la Transición. Es muy interesante porque, durante años, hemos oído hablar del gen convergente, de esa especie de capacidad mutante del gen convergente. Pero no debemos despreciar tampoco las capacidades mutantes del gen nacionalista español o del gen españolista, porque también es un mutante habitual. De hecho, es un mutante que, en su momento de máxima expresividad, llegó a afirmar que hablaba catalán en la intimidad. Es un gen capaz de unas mutaciones de un calibre increíble. Y no despreciemos tampoco la posibilidad de que esas mutaciones lleven a un proceso continuo de la definición de España. Ahí es donde creo que tenemos que incidir. Para mí, esto que ha dicho Miguel Ángel Aguilar en la presentación sobre que no ha encontrado un

patrocinador para un ciclo de diálogos sobre «España y Cataluña plural» es la verdadera tragedia del país, de nuestra forma de vivir. ¿Por qué? Porque no existe la posibilidad de que estos dos genes nos permitan sentarnos a hablar exactamente de eso que dices tú, del proceso de creación continua del lugar en el que vivimos, que es un proceso obviamente abierto, que requiere de mucha sofisticación, pero también de una cierta paz para poderse desarrollar. La paz puede conservarse —por suerte, aunque hemos tenido momentos de absoluto disparate—, pero la paz también puede perderse desde la dialéctica, desde la convivencia, desde muchos otros lugares. En ese sentido, sí me preocupa que esa construcción constante no sea posible en ambos lados, que no podamos estar todos en esa construcción posible.

El proceso de creación continua es abierto y requiere de sofisticación y de cierta paz. Pero esa paz puede perderse desde la dialéctica.

CARMEN DEL RIEGO: Cuando oigo a David hablar sobre la cultura en Cataluña, su aproximación incluye una crítica al Estado español. Sin embargo, Joan Manuel, en tu relato no detecto ninguna crítica a lo que se hace desde Cataluña.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Sí. Estoy planteando que hay, por ejemplo, posiciones muy distintas dentro del independentismo y creo que fundamentalmente lo que le compete es básicamente de carácter autocrítico.

Creo que sí hay una crítica. Pero también procuro exponer unos razonamientos. Lo que quiero transmitir es que hay gente independentista que lo es simple-

Por lo general, no hay en Cataluña animadversión hacia lo español.

mente porque ha decidido que el grupo al que pertenece siente que tiene un grado suficiente de madurez como para aspirar a disponer de instrumentos jurídico-políticos y de recursos según su propio criterio. Esto se entiende como una emancipación, no como un estar en contra. Sí es cierto que hay zonas en las que se ha generado animadversión por todas partes, pero creo que, por lo general, no hay en Cataluña animadversión hacia lo español. Por otra parte, es que todos estamos emparentados.

CARMEN DEL RIEGO: El «España nos roba» hizo mella.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Pero eso es una consigna.

CARMEN DEL RIEGO: Bueno, pero se ha vivido mucho de consignas.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Pero ésa es particularmente perniciosa, porque además habla de España. Una cosa es España y otra es el Estado. Y otra cosa es el tipo de concepciones hegemónicas respecto a lo que es España, tanto por parte del Estado como entre la población. Son dos cuestiones distintas.

Por ejemplo, mañana será el primer encuentro de esa mesa de negociación y el margen de maniobra del Gobierno español de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias es muy limitado. ¿Por qué razón? Creo que, fundamentalmente, por cuestiones ambientales, por el peso de los discursos de los medios, pero también porque, en general, el Partido Socialista en un cierto momento renunció a cons-

Hay gente independentista que lo es simplemente porque ha decidido que el grupo al que pertenece siente un grado suficiente de madurez como para aspirar a disponer de sus propios instrumentos jurídico-políticos.

truir una idea de España distinta de la que era hegemónica, que trabajaba sobre un terreno de cultivo muy favorable y que después, a través de los discursos de FAES, se va renovando y se va reciclando y toma una nueva forma que es muy poderosa, haciéndose hegemónica. Es decir, la izquierda ha ganado elecciones y puede conformar una mayoría de Gobierno, pero realmente, en el terreno cultural, dista mucho de tener la hegemonía.

Yo creo que estas cuestiones son relevantes. El margen de maniobra que habrá mañana es muy precario por las dos partes. Vamos a ver si realmente se consigue explorar cuáles son los límites. Creo que es una oportunidad para poder plantear realmente cuáles son los márgenes en una nueva etapa del modelo democrático en España. Hubo un pacto en los años setenta en el que se establecen algunos temas de los que no se puede hablar, porque están predeterminados, y otros en los que se consiguen avances muy importantes. Eso ha dado estabilidad al sistema durante mucho tiempo. Vamos a ver si ahora se puede incluso hablar de lo que no se pudo hablar entonces. Veamos si se puede decidir sobre lo que no se pudo decidir entonces.

CARMEN DEL RIEGO: Pongamos ejemplos concretos. ¿De qué no se pudo hablar y se podría hablar ahora?

JOAN MANUEL TRESSERRAS: No se pudo hablar, por ejemplo, de la forma del Estado, de si debía ser una monarquía o una república. No se pudo hablar de eso porque ya venía predeterminado. Tampoco se pudo hablar de los modos de vinculación, porque había unas tradiciones históricas, que se fijaron a través de los Estatutos. Aquel era el pacto posible en aquellos momentos. Supuestamente, según se leyó desde Cataluña, el Estatut era un primer paso, la Constitución y el Estatut constituían un marco que poco a poco se iría flexibilizando para lograr mayores cuotas de autogobierno en el terreno económico, en el terreno de proyección exterior, en el terreno cultural, en el terreno simbólico,

etcétera. Recordarán ustedes, por ejemplo, que durante unos años la presión popular fue encaminada a disponer de selecciones deportivas.

Ha habido muchas etapas. A finales de los años ochenta apareció lo que se dio en llamar —en términos periodísticos— el independentismo tranquilo. Porque antes, independentistas en Cataluña éramos cuatro; hasta el punto de que en las manifestaciones nos saludábamos por el nombre de pila. Éramos muy poca gente. Poco a poco, lo que se produjo fue una especie de desacomplejamiento de unas posiciones independentistas que, como no tenían ninguna posibilidad de concreción inmediata, simplemente no eran contestadas, ni tampoco aspiraban a más. Pero normalizaron el independentismo como una cuestión fundamental. Para la mayoría de la gente, con un buen conocimiento de la cultura española en general y con amigos u redes de relaciones personales, esto no constituía ningún problema. El problema, en cambio, se agrava cuando realmente empieza a haber una movilización muy grande de gente y cuando se plantea un reto desde Cataluña, con grandes movilizaciones, y no hay respuesta por parte del Estado.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Déjame que te plantee algo. El relato que tú haces es que estamos ante un movimiento social que nace fuera de la burguesía. Me da la impresión de que obvias la capacidad catalizadora de la política, que en un momento determinado encuentra refugio en una situación de crisis económica que obliga a unos recortes que, a su vez, proporcionan un argumento —ya no digo un relato— para funcionar.

Supuestamente, según se leyó desde Cataluña, la Constitución y el Estatut constituían un marco que poco a poco se iría flexibilizando para lograr mayores cuotas de autogobierno.

Pero me gustaría volver a la situación actual. Tengo curiosidad por saber si tenéis alguna mínima esperanza de que la situación cambie. Ya no hablo solamente de la mesa de mañana, con el Gobierno español y el de la Generalitat, ya que todos sabemos que los avances son complicados. Yo, volviendo al relato, escucho ahora al Gobierno hablar de la agenda del reencuentro. Hay una clara intención de volver a significar algunas cosas, porque ha sido muy duro el lenguaje, la forma en la que nos hemos dirigido los unos a los otros.

DAVID TRUEBA: Perdóname que interrumpa. Yo creo que para el pacto, o para el diálogo, ahora mismo hay una amenaza que es muchísimo más potente que la amenaza de la forma de Estado, que la monarquía o la república. Hay una amenaza muchísimo mayor, que son los sucesos de Cataluña.

Lo que quiero decir es que, en esa mesa, parte de los integrantes —si no todos— van a decir: «No. Es o esto o nada. Nosotros ya hemos hecho la ruptura. Estamos en el exilio, negamos tal...». Es decir, que la amenaza para el diálogo es brutal. Entonces, ¿hay alguna posibilidad de que quienes hacen esa amenaza se sienten a la mesa dejando la pistola fuera?

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Yo creo que sí. Va a depender mucho de los resultados electorales. Hay muchos niveles de disputa por la hegemonía pero entiendo —hablo a título estrictamente particular, no como representante de nada ni de nadie— que lo que tenemos que preguntarnos es qué es lo máximo que se puede esperar de esta mesa de negociación.

Creo que la respuesta es a construir un modelo de urbanidad en las relaciones políticas, a consagrar esa relación bilateral que durante mucho tiempo se planteó desde Cataluña y que no hubo forma de conseguir, a que esto se normalice. Por otra parte, creo que hay que resolver el tema de los presos políticos. Creo que estando Cuixart, Junqueras y todos los demás en la cárcel es muy difícil hablar.

La impresión que hay desde Cataluña es que la instrucción del juicio ya fue absolutamente forzada y que el juicio no se sostiene por ningún lado. Entonces, ¿hay responsabilidades básicamente políticas? Sí y esas responsabilidades debe juzgarlas la población. Mediante el voto o mediante otro medio. Hay que hacer una revisión crítica de lo que ocurrió, sobre todo en septiembre y octubre de 2017, pero creo que el tema de acabar con la judicialización y la represión es fundamental. Entiendo que eso no será inmediato, que llevará tiempo y que es un proceso que probablemente exija algunas modificaciones del marco jurídico y de los cuerpos judiciales en España.

La otra cuestión es que tú no puedes pretender mantener a millones de personas que se sienten nacionalmente pertenecientes a una entidad determinada dentro del Estado a la fuerza. La falta de pacto o de acuerdo al respecto produce un gran desgaste. Entonces, creo que de la mesa de negociación debería salir algún tipo de procedimiento de ensanchamiento del marco democrático que permita que ocurra aquí lo que ocurrió en Escocia con respecto al Reino Unido. Es decir, que puesto que España ya existe y que lo de Cataluña no se sabe, puesto que hay mucha gente que evidentemente no estaría de acuerdo dentro de Cataluña, y por supuesto dentro de España, donde hay exigencias del tipo: «Hasta que durante tres o cuatro elecciones consecutivas formaciones especialmente independentistas no hayan superado el 55% o el 60% de los votos no hay nada que hacer». Pero que, en el momento en que se consiga una masa crítica suficiente, el Estado se comprometa a permitir que sea sometido a la voluntad popular lo que vaya a pasar en Cataluña. Debe haber un cauce. El problema de la unilateralidad es que el independentismo se plantea un reto democrático. Es decir, ese cambio

El Estado no te deja ninguna vía democrática para poder plantear nada que tenga que ver con el derecho de autodeterminación.

de hegemonía social —del que hablaba antes— toma la forma de una revuelta política de profundización democrática. Lo que se pide es poder decidir sobre lo que antes no pudimos decidir. Queremos poder decidir. Entonces, esta petición es de carácter democrático e incluye a todo el mundo. No excluye a nadie. Pero entonces el Estado te dice: «No se puede. La Constitución no lo permite». El Estado no te deja ninguna vía democrática para poder plantear nada que tenga que ver con el derecho de autodeterminación.

CARMEN DEL RIEGO: De hecho, el Estado lo ha dicho: «Consíganse los votos suficientes para cambiar la Constitución Española».

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Pero tú sabes que, desde Cataluña, no se puede ejercer la presión suficiente como para conseguir la fuerza política necesaria para cambiar la Constitución Española.

CARMEN DEL RIEGO: Tampoco se ha intentado. Al contrario, se ha presentado a España como el enemigo a batir.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: De hecho, existen hasta cuatro informes jurídicos distintos que plantean que, con una lectura abierta de la Constitución, es posible ceder a Cataluña la potestad para convocar un referéndum con unos términos acordados y en el marco de la Constitución. Con un calendario, una pregunta y unas condiciones perfectamente acordadas.

CARMEN DEL RIEGO: Pero no sobre la unidad de España. Eso está claramente especificado en un artículo concreto de la Constitución.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Cambiando la Constitución o no —yo no soy jurista y no tengo conocimientos suficientes para pronunciarme sobre eso—, el

conflicto político se evaporaría, el nudo principal se disolvería si realmente se acuerdan unas condiciones bajo las cuales la población catalana pueda votar sobre qué tipo de encaje o desencaje quiere con España y después eso fuera refrendado, o lo que sea, por España. Es decir, con una fórmula democrática.

DAVID TRUEBA: Yo no plantearía el modelo británico. Primero, porque me parece de imposible traslación a España, por razones evidentes. No somos el Reino Unido; somos otra institución. Además, ya se ha visto que el referéndum escocés fue resultado del oportunismo del líder conservador de ese momento, David Cameron, pero que no parece que le interese mucho a Boris Johnson. Por lo cual, no sigáis usando el modelo escocés porque al final lo que vais a encontrar es que el Reino Unido va a representar la intransigencia y la antidemocracia y España va a ser un ejemplo de democracia para los británicos.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Pero la cláusula canadiense, por ejemplo...

DAVID TRUEBA: Desde luego, vamos mejor por ahí. Lo que está claro es que hay que ofrecer una posibilidad a unas mayorías que encuentran una situación de rechazo a la posición que tienen. En eso estoy completamente de acuerdo, pero eso está absolutamente reñido con tener prisa, con la unilateralidad e incluso con sentarte a una mesa con el Gobierno español. Porque la mayor amenaza para esta mesa que hay mañana —que tiene tantos participantes que parece más un concurso de ping-pong que una mesa de diálogo— es que hay varios representantes que consideran deslegitimado al Estado español para sentarse a esa mesa.

La mayor amenaza para la mesa de diálogo es que hay varios representantes que consideran deslegitimado al Estado español para sentarse en ella.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Dejarme que os pregunte concretamente sobre esto. Si deslegitimas y conviertes en no democrática a la otra parte con la que te sientas —y eso en el relato también lo hemos visto cuando se dice que el Estado español es franquista, es dictatorial, etcétera—, entonces, ¿qué te vas a sentar a discutir con ella? ¿De qué manera se puede desactivar —no sé si a través de la mesa— esa sensación de permanente cuestionamiento de la legitimidad del otro para plantear, en este caso, la voluntad independentista? O, mejor dicho, la voluntad republicana, que ha sustituido —ya también en el relato— al independentismo. Ahora hablamos de republicanism. ¿Cómo se puede volver a crear un clima en el que no haya un permanente cuestionamiento de la legitimidad del otro a la hora de plantear lo que uno necesita? Lo digo porque también hay otro gen mutante, que es el de Esquerra Republicana, que ha mutado de una manera muy clara en los últimos dos años y pico, después de lo que ocurrió en septiembre y octubre de 2017. Bueno, las mutaciones no son necesariamente malas, salvo las del coronavirus.

¿Cómo se puede volver a crear un clima en el que no haya un permanente cuestionamiento de la legitimidad del otro a la hora de plantear lo que uno necesita?

DAVID TRUEBA: Quizá lo que debemos empezar a entender es que la política es mutación. La política es, como ha dicho antes Joan Manuel, un proceso constante, y no hay que avergonzarse de ello. Por eso son políticos. Ya tenemos estas columnas de esta sala para no moverse. Entendamos pues la mutación de los políticos. Quizás esa mutación sea precisamente lo que hace falta ahora mismo.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: En relación con lo que decías de Esquerra Republicana, creo que lo que hay es un periodo de unos tres meses; yo diría que hasta enero de 2018, después de las elecciones del 15S.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Esas elecciones que Esquerra quizá podría haber evitado si hubiera apoyado el adelanto de la convocatoria de elecciones que planteaba el presidente Puigdemont.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Yo aquí debo decir que, visto ahora con la perspectiva del tiempo, entiendo que, tras el referéndum del día 1 de octubre y la movilización del día 3, habría sido muy inteligente convocar elecciones el día 4. Pero eso lo pienso ahora. Si el día 4 Puigdemont y Junqueras hubieran convocado elecciones, yo seguramente me habría mosqueado. Una cosa es analizar los hechos serenamente y con la perspectiva que te da el tiempo y otra es al calor de los hechos, cuando nos habían partido a tortazos el 1 de octubre con el «a por ellos» o cuando el día 3 sale el Rey y dice que nos habían dado poco. Entonces, ¿cómo vamos a plantear...?

CARMEN DEL RIEGO: Como puedes deducir por el ruido de la sala, parece que los asistentes no están muy de acuerdo con eso

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Es un modo de hablar.

CARMEN DEL RIEGO: Es el relato.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Lo que quería decir es que, en estos tres o cuatro meses, ha habido tiempo para hacer un balance de lo que ha ocurrido e intentar reflejar cuál es la colaboración de fuerzas y qué es lo posible y qué es lo imposible. Entonces, a partir de ahí, sí hay una división en el interior del grueso

del independentismo. Creo que una de las personas que más claramente habló durante aquellos días fue Joan Tardà. Lo molieron a palos desde el independentismo para luego, al cabo de tres meses, decir más o menos lo que él había dicho tres meses antes. Lo ocurrido ha ido viviendo un proceso de decantamiento y todavía, a día de hoy, no hay un único diagnóstico, sino que hay dos diagnósticos.

En el caso de Esquerra Republicana, creo que, a partir de este diagnóstico, se entiende que hemos entrado en una fase distinta. Aparte, por convicción, no se puede intentar plantear problemas de gobernabilidad de España. Es decir, tú puedes plantear un problema de gobernabilidad y jugar a ser parte de ese problema de gobernabilidad si es de resolución inmediata y si por eso no va a sufrir la gente, pero no puedes hacer política como si jugaras en un tablero y considerar que el tiempo es elástico cuando hay gente sufriendo. No puedes jugar a eso, porque la política repercute en la vida de la gente y los tiempos no se pueden alargar.

Es verdad que el «tenemos prisa» y plantear las cuestiones en términos de o todo o nada se convirtió en una trampa para el propio independentismo. Esta actitud se fue construyendo al calor de unas movilizaciones que parecían no tener ninguna respuesta, creándose una espiral de euforia que hace que se acabe viendo la realidad bajo un prisma que te lleva a sobrevalorar tu fuerza y tu capacidad y a menospreciar la fuerza de los demás. Una vez que se produjeron los hechos fundamentales del 1 y del 3 de octubre, había que ver dónde estábamos. De hecho, durante el mes de octubre, el principal problema en Cataluña fue que ninguno de los dirigentes políticos —lo digo con el máximo respeto, porque era una situación muy compleja, incluso endiablada— apareció en el escenario público para contarle a la gente dónde estábamos. La gente no tenía la información indispensable, no sabía si había mediación, si había presiones europeas, si se estaba hablando o no entre el Gobierno del Estado y el Gobierno catalán, si las amenazas eran ciertas o no... No sabíamos nada.

Esta desaparición del liderazgo durante un tiempo es lo que lleva después a lo que ocurrió los días 26 y 27, cuando Puigdemont plantea la posibilidad de adelantar las elecciones, que es cuando Gabriel Rufián dice aquello de las monedas de plata, etcétera. Pero creo que eso ocurre muy al hilo de la inmediatez, de la táctica del momento, porque en aquel momento nadie tenía un proyecto, nadie sabía qué iba a pasar ni qué se iba a hacer. El hecho de que algunas personas optaran por quedarse, sabiendo que acabarían en la cárcel, y otras fueran al exilio realmente fue algo bastante improvisado y que dependió de la situación particular de cada una de esas personas. No había un plan perfectamente trazado de qué hacer en cada momento ni de cuál era la etapa que vendría a continuación.

CARMEN DEL RIEGO: Acabas de decir que quizás se midió mal hasta dónde estaba dispuesto a llegar el Estado. Mi pregunta es si alguien pensó que el Estado se iba a quedar de brazos cruzados. ¿Alguien pensó que el Estado no iba a reaccionar? ¿Alguien, en ese relato, se creyó que, al día siguiente, Europa iba a recibir a los independentistas con los brazos abiertos? Porque ése fue el relato del independentismo.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Yo te puedo decir que, a nivel personal, me equivoqué, como todo el mundo. De hecho, necesité tiempo para rectificar. Pero también te puedo decir que sabíamos que estábamos frente a un Estado que no había hablado, que no había mostrado ningún tipo de empatía durante aquel tiempo... Pero nunca pensé que vería imágenes como las del 1 de octubre. Como tampoco pensé nunca que vería un juicio como el que vimos después ni y unas sentencias como las que se dieron. No me lo podía imaginar.

CARMEN DEL RIEGO: Entonces, ¿cómo se imaginaban que iba a reaccionar el Estado?

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Ni tampoco podía imaginar que el Rey pudiera hacer un discurso de ese tipo.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Esa misma sensación que tú tienes también la tuvimos nosotros cuando ocurrió lo que ocurrió en el Parlament catalán en septiembre de 2017. Muchos creíamos que nunca llegaríamos a ver nada parecido. No podíamos imaginarnos que se aprobaran unas leyes de transitoriedad absolutamente fuera de la propia legalidad, de la propia legalidad del Estatut. Lo que quiero decir es que las cosas no empiezan el 1 de octubre. Es algo que nos dejó a muchos —en un lugar y en otro— completamente ojipláticos: que alguien decidiera pisar el acelerador sin tener un plan, más allá de ir justificando, a posteriori, lo que se había hecho anteriormente.

Se decidió pisar el acelerador sin tener un plan, más allá de ir justificando, a posteriori, lo que se había hecho anteriormente.

Ha llegado el momento de dar paso a las intervenciones del público.

JORGE DEL CORRAL: ¿Qué papel juega la economía? Porque, hoy en día, la economía mueve todo y se necesitan clientes para que el mercado aumente. ¿Qué papel juegan los presupuestos de la Generalitat tanto en el crecimiento del independentismo como en que tanta gente viva del independentismo?

Realmente, el problema con Cataluña empieza con la Guerra de Cuba, cuando Estados Unidos se apropia de Cuba y de Filipinas y la burguesía catalana... En fin, no me voy a extender con esto porque ya lo conocen todos.

Lo que quiero preguntarles a los dos ponentes es si creen que el dopaje económico que se hecho de la sociedad es lo que está fomentando el aumento del número de creyentes independentistas.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Si os parece, vamos a agrupar algunas preguntas para luego responderlas todas juntas.

MARÍA DOMINGO: Soy una catalana que desde hace cinco meses vive en Madrid. Antes que nada, me gustaría decir que me resulta doloroso escuchar cómo habla de catalanes o de Cataluña de forma genérica, porque muchos de nosotros no opinamos como usted. Por eso creo que es importante identificar a los independentistas catalanes y no a todos los catalanes. En relación con esto, me gustaría saber si cree que existe una comunidad lingüística castellanoparlante en Cataluña y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, si considera que esa comunidad debería tener los mismos derechos que la comunidad catalanoparlante. Y, finalmente, usted ha dicho que considera que no hay animadversión hacia lo español en Cataluña. Yo le invitaría a que viniera un día conmigo a la Universidad Autónoma de Barcelona —mi universidad durante cuatro años— o que viniera a un acto de mi asociación, S'ha Acabat!, para que viera si existe o no esa animadversión.

ROMÁN OROZCO: Yo quisiera hacer esa misma pregunta, pero ampliándola un poquito. Comparto muchas de las demandas que tiene el independentismo catalán pero lo que me extraña es que nunca escucho a sus representantes, a sus líderes políticos o sociales, hablar de la mayoría de la población catalana. Joan Manuel Tresserras nos ha dado todo tipo de detalles sobre lo que piensan los independentistas pero, según las encuestas, la mayoría de los catalanes no son independentistas. Si quieren dialogar con el Estado español, ¿por qué no empiezan por dialogar con esos catalanes que no son independentistas?

DAVID TRUEBA: Evidentemente, creo que la economía es uno de los pasajes menos analizados. ¡Y mira que ha habido ya libros sobre el procés y demás! De hecho, algunos son estupendos. Pero, curiosamente, sobre la economía y su

funcionamiento se ha hablado poco. Especialmente de esas empresas —que a mí me interesan más que la economía del Estado o del Govern, que actúan con la lógica habitual del paraguas—, de esas empresas muy puntales por su presencia en Cataluña y su actitud durante los años en los que se fue fraguando la desafección que condujo al conflicto. Porque creo que algunas empresas actuaron con una cierta ambigüedad calculada y que luego, cuando quisieron salir de ella, dieron un zapatazo poco explicado interiormente. Desde el resto de España se entendió pero en Cataluña todavía hay mucha gente preguntándose qué pasó.

Sobre la animadversión, evidentemente, y por desgracia, creo que sí existe y que ha crecido, en el sentido de que, cuando exponemos a la sociedad a una quiebra, la gente se tiene que posicionar y entonces se hace una política de trincheras. Aunque los políticos fueran capaces de reactivar la convivencia entre ellos, en la sociedad, en la ciudadanía, en la gente más anónima quedará durante mucho tiempo grabado un conflicto que va a ser muy difícil desactivar y que creo que ha supuesto un retroceso. Durante años se ha dicho que nadie fabricaba más independentistas que Mariano Rajoy, con su incapacidad para afrontar durante sus dos legislaturas este problema. Creo que el 1 de octubre fue la explosión de esa incapacidad. Creo que se han comprometido algunas de las instituciones del Estado al servicio de una mala política. Tú has nombrado la Corona, pero yo incluiría a los servicios secretos, que fracasaron estrepitosamente en el asunto de las urnas, porque la política los dejó expuestos a eso. Además, por supuesto, incluiría a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, que el 1 de octubre no fueron más que el brazo eje-

Creo que algunas empresas actuaron con una cierta ambigüedad calculada y que luego, cuando quisieron salir de ella, dieron un zapatazo poco explicado interiormente.

cutor de una malísima gestión que todavía está por estudiarse. Y, finalmente, está el poder judicial, que de alguna manera pasa a ser utilizado por los políticos para que resuelva lo que la incapacidad política no ha sido capaz de poner en una vía. Esas tres cosas están ahí, sí, pero también habría que empezar a hablar de la fabricación de españolistas o de neofranquistas por parte del propio «procesismo». Yo no acusaría a Rajoy de crear independentistas —nunca lo hice— ni tampoco acusaría al independentismo de crear neofranquistas. Estaban ahí. Pero van saliendo.

Como se ha dicho en la última pregunta, las mayorías en Cataluña no están claras. Siempre he estado en contra del concepto del «derecho a decidir». Desde que se inventó, siempre me pareció una trampa dialéctica que, como todas las trampas, acaba comiéndose la mano que la inventó. El derecho a decidir no se puede invocar en una democracia, pues estamos expuestos constantemente a votaciones, pues somos llamados constantemente a las urnas. Ahora les toca a los gallegos y los vascos. No hace nada que salimos de las elecciones generales y ya tenemos otras elecciones. El derecho a decidir, el derecho a contabilizarnos en un lado o en otro, por suerte o por desgracia, los españoles y los catalanes lo tienen sin tener que invocar ningún «derecho a decidir». Votamos constantemente y tenemos que hacer caso de lo que tercamente nos dicen una y otra vez,

Cuando exponemos a la sociedad a una quiebra, la gente se tiene que posicionar y entonces se hace una política de trincheras que va a ser muy difícil desactivar.

El «derecho a decidir» es una trampa dialéctica que, como todas las trampas, acaba comiéndose la mano que la inventó.

no las encuestas, sino las votaciones de todo tipo. Cuando se presentan con una consigna u otra, nos vuelven a decir «esto es lo que hay». Por desgracia, «lo que hay» es una división radical en la que creo que ninguna parte va a poder imponer su visión, porque para unos es el 52% y para otros es el 48%. Está claro que con una situación así no vamos a ningún lado. Tenemos que llegar a un acuerdo.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Sobre el tema de dopar la economía, lo que ha ocurrido a nivel económico en Cataluña —y lo que ha ocurrido en toda Europa— es que, desde el punto de vista de los empresarios —luego hablaré de las clases populares y de los servicios públicos—, en los años setenta y ochenta si tú tenías una pequeña o mediana empresa con unos cuadros profesionales competentes, con tecnología de buen nivel y al último grito y con buenas redes comerciales, entonces podías ser competitivo. Ahora, en cambio, con la globalización, tu competitividad ya no depende únicamente de tu buena gestión de la empresa. Necesitas tener también unas buenas conexiones aeroportuarias, necesitas apoyo público para abrirte a mercados internacionales y necesitas disponer de energía de calidad a bajo costo y de buenas conexiones en telecomunicaciones. Y, todo eso, o lo tienes o no lo tienes. O estás en un entorno altamente competitivo o tu empresa, por sí sola, no va a salir adelante. Por eso, reivindicaciones como la del corredor mediterráneo, esas grandes infraestructuras que se demandan por parte del conglomerado industrial de Tarragona y Barcelona, han abocado a muchos pequeños y medianos empresarios al desafecto con el Estado, porque el Estado no prioriza estas inversiones. Además está la idea del Estado depredador, que se va moviendo en función de lo que exigen algunas grandes empresas, que obtienen beneficios...

ANDREA AGUILAR: Disculpe la interrupción, pero precisamente los dos territorios que ha mencionado son los que menos apoyan al independentismo.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Esos dos territorios no dan ni mucho ni poco apoyo; en esos territorios lo que hay es muchísima gente viviendo. El área de Barcelona son unos cinco millones y medio de habitantes.

ANDREA AGUILAR: Tarragona y Barcelona son justamente las dos zonas donde el voto independentista es menor. Por tanto, el desafecto que dice que existe en esas provincias en relación con las infraestructuras, no se deja ver electoralmente. ¿Cómo explica usted eso dentro de este relato que está construyendo? Es decir, la falta de esas infraestructuras que han sido reclamadas desde Tarragona y desde Barcelona, según su relato, es lo que ha provocado el desafecto. Y resulta que en Barcelona y en Tarragona es donde el voto independentista es menor. No lo entiendo. No me encaja el relato.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: Es que no es únicamente en Tarragona y en Barcelona. Es en el conjunto del entramado industrial de Cataluña, que necesita de inversiones, infraestructuras y mejores servicios. Y también está, por ejemplo, lo que ocurre con los sectores populares y la calidad de los servicios. Hay que mirar la estadística de gasto por habitante en materia de sanidad, educación, tarifas universitarias, etcétera. Y no olvidemos las reivindicaciones en materia de un trato fiscal más favorable, de disponer de un porcentaje más amplio de los recursos generados, fundamentalmente para atender mejor los servicios sociales, los servicios públicos. Porque ahora mismo hay en Cataluña dos millones de personas en situación extremadamente precaria, que son los que más se ven afectados por la mala financiación de la comunidad.

Volviendo a las preguntas, sobre el tema genérico de los catalanes, su población es extremadamente compleja y plural. Por ejemplo, en Cataluña se hablan trescientas lenguas. Nadie pretende que haya un pueblo catalán homogéneo y homologado. De hecho, yo particularmente defendiendo —y creo que es lo que defiende en general el republicanismo de izquierdas independentista en

Cataluña— la existencia de un único modelo de ciudadanía, con los mismos derechos y deberes para todo el mundo; respecto a la identidad, cada cual que tenga la que le dé la gana. No hay un modo canónico de ser catalán o catalana, igual que no hay un modo canónico de ser española o español.

Respecto a la comunidad castellanoparlante, yo hablaría de comunidades que hablan varias lenguas; no creo que haya una comunidad castellanoparlante única. Hay grupos de gente que habla español y hay grupos de personas procedentes de América Latina... Igual que no hay una comunidad catalanoparlante. Hablamos en estos términos para entendernos, pero sin pretender que haya una homogeneidad interna relevante.

Lo que le ha dicho David creo que es asumible; es verdad que han aparecido focos en las dos direcciones, pero, en general, en la vida pública colectiva en Cataluña, no hay ningún tipo de problema. Yo doy clases en la Universidad Autónoma y no me parece que, salvo algún episodio concreto —y no pretendo atribuir responsabilidades a ninguna de las partes específicamente—, haya un conflicto real. Como en cualquier casa, hay de todo. En cualquier caso, me parece lamentable que se produzcan esos episodios.

Respecto al tema de la población catalana, realmente es de una gran complejidad. Mi pretensión es hacer referencia a la mayoría.

Por otra parte, es verdad que hay una medición electoral y que no siempre te preguntan lo mismo. En general, te pronuncias en función de aquello a lo que concierne la votación. Es cierto que hay posibilidades de votar. Por eso, al

Las reivindicaciones en materia de un trato fiscal más favorable son para atender mejor los servicios sociales, los servicios públicos, porque ahora mismo hay en Cataluña dos millones de personas en situación extremadamente precaria.

plantear una posible vía de salida, he hecho referencia a los resultados electorales, que es el único modo que tenemos de poder objetivar cuáles son las mayorías y las minorías; algo que, además, no es estable sino que siempre se va a ir moviendo.

Creo que, ahora mismo, la sociedad catalana es extremadamente compleja. Contamos con una economía diversificada, abocada a la exportación, pero también tenemos unos sectores de población con graves dificultades, con un nivel de fracaso escolar muy superior al resto de la sociedad, con dificultades para una buena incorporación al mercado laboral, con poca capacidad de consumo... Por eso ha habido que recurrir a soluciones —que no sé si son las óptimas o no— como la de las rentas mínimas garantizadas, a soluciones en términos de políticas sociales. Pero, realmente, el reto sería conseguir que no existieran estos segmentos de población en situación tan precaria. Y, para ello, las prioridades en la inversión pública deben ir dirigidas a resolver fundamentalmente estos problemas. Yo entiendo que, en una organización política tipo —aunque ahora haya 22 ministerios—, finalmente hay cinco áreas fundamentales: la política exterior, que come aparte; el área económica; el área de las libertades, la seguridad, la protección y la administración; el área de los servicios públicos; y el conglomerado educación-cultura-ciencia-conocimiento-universidades. Ésos son los cinco bloques. Pero siempre hay un área económica, en la que puede haber tantos ministerios como se quiera, tantas consejerías como se quiera, pero que es un área única y debe tener una política coherente. El área de la gobernación, de la protección de las libertades, de la relación entre administraciones también debe ser coherente. El área de la protección social...

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Estamos entrando ya en política organizativa.

JOAN MANUEL TRESSERRAS: De todos estos bloques, el que debe ser la prioridad siempre en la inversión pública es el bloque de los servicios sociales, por-

que ésa es la garantía fundamental. En segundo lugar, seguramente, está el bloque de la educación y la cultura, porque actualmente la principal clave de discriminación entre las personas es la derivada de su acceso a las fuentes de información, a la cultura y el conocimiento. Eso es lo que pienso.

MONTSERRAT DOMÍNGUEZ: Antes de concluir el debate, quería decir una cosa respecto a lo que ha dicho antes Miguel Ángel sobre ese «diálogo en el infierno». Creo que si bautizásemos así esta serie de diálogos es posible que encontrásemos patrocinador. Desde luego, sería un nombre con gancho en esta época de tuits, de mensajes cortos que buscan exacerbar las emociones.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Antes de concluir, quiero dar las gracias a los dos ponentes, a David y a Joan Manuel, y a las dos moderadoras, a Carmen del Riego y a Montserrat Domínguez. Y quiero dar las gracias efusivamente a nuestro socio en Cataluña, que es el Cercle d'Economia, que está representado aquí hoy por una importante comitiva encabezada por su presidente, Javier Faus. Gracias también a José-Vicente de Juan, que es quien dirige la Fundación Diario Madrid, que en este asunto y en otros muchos va de la mano de la Asociación; y a Juan de Oñate, el director de la Asociación de Periodistas Europeos. Muchas gracias, de verdad, por organizar y activar estos encuentros.

Antes de concluir, no puedo dejar de añadir algo respecto a lo dicho a propósito del Rey. El Rey no dijo que les hubieran sacudido poco a los catalanes. Podríamos entrar a analizar ese discurso y la actitud que está teniendo el Rey, que es muy interesante. Hay algo que a mí me preocupa extraordinariamente —y que ha salido a colación en varias de las intervenciones—, que es el cambio de la hegemonía social. Imaginemos que esa hegemonía social la tiene el independentismo e imaginemos que sale adelante. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos a ir a la solución de Estonia, donde la población de origen ruso ha sido declarada apátrida? Ahora van pasando de uno en uno a hacer unos exámenes,

reciben clases de estonio, etcétera, pero creo que, desde que lograron la independencia, en Estonia han pasado a ser estonios de origen ruso una cifra cercana a los dos mil. El resto son declarados apátridas, sin derechos. ¿Vamos a hacer eso o vamos a aceptar el peso, el lastre, de la población procedente de otras regiones de España, que van a votar y van a distorsionar lo que piensan los catalanes autóctonos?

DAVID TRUEBA: No abras el melón de Estonia, Miguel Ángel, que no sabes lo que haces.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Yo le he dado la solución a Rufián. Me abracé a él y le dije: «La solución es Estonia. Estonia ha sido aceptada con toda normalidad en la Unión Europea. Nadie le ha puesto pegasa». ¡Seamos pues Estonia!

Por último, dejadme hacer una referencia a la alcaldesa de Vic, que tan bien distingue a los no catalanes por su aspecto físico. ¿Cómo es posible que no haya tenido que dimitir esta señora de la alcaldía de Vic al día siguiente y ser extraditada a las Islas Malvinas? No me cabe en la cabeza. Y es que a veces esa cosa de la sensibilidad, de las susceptibilidades...

Por último, decir que vamos a deber a los independentistas, en primer lugar, el surgimiento de Vox; en segundo lugar, el crecimiento de Vox; y, en tercer lugar, que nos dejen instalado un Gobierno de la derecha del que forme parte Vox. Eso es algo que nos puede pasar antes de que se cumplan los sueños independentistas.

Joan Manuel Tresserras es doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona, donde es profesor titular del Departamento de Medios, Comunicación y Cultura. Ha sido profesor o conferenciante invitado en una veintena de universidades e investigador invitado en el Center for the Study of Communication and Culture y Tinker Visiting Professor en la Universidad de Stanford. Es autor de varios libros y textos académicos, entre los que destacan



D'ací i D'allà, aparador de la modernitat o Polítiques de cultura i comunicació i construcció nacional, así como *El Regne del subjecte y cultura de masses i postmodernitat*, juntamente con Enric Marín, y *La gènesi de la societat de masses a Catalunya 1888-1939*, con Francesc Espinet. Tresserras ha colaborado regularmente, a lo largo de varias etapas, en la prensa, la radio y la televisión catalanas. En 1997, comenzó a colaborar con Esquerra Republicana de Catalunya, a la que se afilió en 2010. Ha sido consejero de la Corporación Catalana de Radio y Televisión y del Consejo del Audiovisual de Cataluña, así como miembro de la Comisión Mixta de Transferencias Estado-Generalitat. Entre noviembre de 2006 y diciembre de 2010 fue conseller de Cultura y Medios de Comunicación del Gobierno de la Generalitat de Catalunya



David Trueba se licenció en Periodismo y pronto comienza a trabajar en prensa, radio y televisión. Como guionista, debuta con la película *Amo tu cama rica*, de Emilio Martínez-Lázaro. Tras estudiar en el American Film Institute de Los Ángeles, continúa su carrera en España con el guion de *Los peores años de nuestra vida*. En esa época trabaja también en televisión, donde codirige «El peor programa de la semana» junto a El Gran Wyoming. Sus éxitos

como guionista tiene continuidad con películas como *Two Much*, *Perdita Durango*, *La niña de tus ojos* y *Vengo*, así como en el documental de Carles Bosch *Balseros*, nominado al Oscar, del que fue coproductor. *La buena vida* fue su primera película como director, seguida de *Obra Maestra* y *Soldados de Salamina: bienvenido a casa*, por la que recibió el Premio al Mejor Director en el Festival de Málaga. Con *Vivir es fácil con los ojos cerrados* recibió seis Premios Goya y fue seleccionada para representar a España en los Oscar. Su última película, *Casi 40*, fue presentada en el Festival de Cine de Málaga, donde obtuvo el Premio Especial del Jurado. Como escritor, Trueba ha publicado cinco novelas: *Abierto toda la noche*, *Cuatro amigos*, *Saber perder* (Premio Nacional de la Crítica a la Mejor Novela), *Blitz* y *Tierra de campos*. Asimismo, escribe una columna de periodicidad casi diaria en *El País* y sus artículos en prensa han sido recogidos en las antologías *Artículos de ocasión*, *Tragarse la lengua y otros artículos de ocasión*, *Érase una vez* y *El siglo XXI cumple 18*.

Montserrat Domínguez es licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y máster en Periodismo por la Universidad de Columbia en Nueva York, donde estudió con una beca Fulbright. Entre 2012 y 2018 fue la directora editorial del diario digital *El HuffPost*, hasta que en junio de 2018 fue nombrada subdirectora de *El País*. Participa habitualmente en «La Ventana» de la Cadena SER y en la tertulia política de «El Programa de AR» en Telecinco. Ha trabajado en la Agencia EFE, Canal+, Antena 3 y Telecinco, donde dirigió y presentó informativos, programas especiales y, durante cuatro años, el espacio de debate, tertulia y entrevistas «La Mirada Crítica», por el que obtuvo el Premio Salvador de Madariaga. También ha sido columnista política del diario *La Vanguardia* y condujo el magazín «A vivir que son dos días» de la Cadena SER. Ha recibido sendas Antenas de Oro por su trabajo en radio y televisión, así como el premio Carmen Olmedo Checa de la Junta de Andalucía por su compromiso igualitario a lo largo de su trayectoria profesional. Montserrat Domínguez es vicepresidenta de la Asociación de Periodistas Europeos.



Carmen Del Riego es licenciada en Ciencias de la Información, Derecho y Ciencias Políticas y de la Administración. Tras terminar los estudios de Periodismo en 1982, empezó a trabajar en la Agencia Europa Press, donde tras un primer periodo dedicado a la información local se especializó en información parlamentaria y del Partido Popular. Tras siete años en Europa Press, pasó a formar parte del equipo de información política de *Diario 16*. Asimismo, en 1990 participó en la puesta en marcha del diario *El Sol*, de cuya redacción de Política formó parte hasta su cierre en 1992, cuando entró a trabajar en la redacción de Madrid de *La Vanguardia*, diario del que en la actualidad es corresponsal política, encargada de la información del Gobierno y del PP. Ha colaborado como tertuliana en la Cadena SER, Telemadrid y Canal 9 y, en 2011, se convirtió en la primera mujer en desempeñar la presidencia de la Asociación de la Prensa de Madrid, cargo que ostentó hasta 2015.

GALERÍA DE IMÁGENES



Carmen del Riego, Joan Manuel Tresserras, Montserrat Domínguez y David Trueba.



David Trueba, Joan Manuel Tresserras y Montserrat Domínguez.



Arriba: Sede de la Fundación Diario Madrid durante el XIX diálogo «España plural / Catalunya plural». / Abajo: Miguel Ángel Aguilar, Marta Angerri, Mercè Franquesa, José-Vicente de Juan y Juan de Oñate.

Arriba: Francesc de Carreras y Joan Manuel Tresserras. / Abajo: Javier Faus y Xavier Mas de Xaxàs junto a dos miembros de la Delegación de la Generalitat en Madrid y Juan Claudio de Ramón.

© de la edición:

Asociación de Periodistas Europeos, 2020
Cedaceros, 11; 28014 Madrid
Tel : 91 429 6869
info@apeuropeos.org
www.apeuropeos.org

Fundación Diario Madrid, 2020
Larra, 14; 28004 Madrid
Tel.: 91 594 4821
info@diariomadrid.net
www.diariomadrid.net

© de los textos: sus autores

© de las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores

Coordinación:
Juan Oñate

Edición, diseño y producción editorial:
Exilio Gráfico